

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 29 de Septiembre de 1932

Núm. 492

SECCIÓN APOLOGÉTICA

Las pasiones, fuente de incredulidad

Entre las causas de la incredulidad debemos mencionar, amén del orgullo, como preponderante y casi universal, la pasión de los placeres.

Si he insertado en la afirmación precedente la partícula *casi* lo he hecho en gracia a los contados que abrazan la incredulidad o se apartan totalmente de la religión por convicción fría de índole exclusivamente intelectual, por ideas y no por motivos bajamente inconfesables. Serán éstos en corto número, todo lo corto que se quiera, pero hemos de admitir, cuando menos, que esos casos, dentro de la órbita de lo posible, desde el momento que el acto de fe es imperado por el libre albedrío y las razones de creer según se dijo, no se nos imponen con avasalladora e irresistible evidencia; cabe, en consecuencia, que el hombre rechace la fe con un simple gesto de su voluntad, o bien subyugado por el brillo sofisticado de falsas doctrinas, en cuya lectura o estudio se enfrascó sin las debidas precauciones.

Fuera de esas excepciones, que sólo Aquel que lee en el fondo de toda conciencia puede señalar con infalible precisión, bien podemos formular como ley general que la incredulidad reconoce como causa y toma su primordial inspiración en el furor de las pasiones sensuales por campar a sus anchas con la mayor libertad posible. A buen seguro que si no pesara sobre la humanidad la triste tiranía de las sensuales concupiscencias, la religión cristiana hubiera atravesado los siglos escoltada por el favor y la simpatía de todos, no hubiera visto levantarse guerra tan sañuda y pertinaz contra sus dogmas y sus representantes. Cuando queramos indagar cuáles son las causas profundas de esa implacable persecución que la asaltó ya desde la cuna, y hoy, a la vuelta de veinte siglos, no lleva trazas de cesar ni de amainar siquiera, reconoceremos que residen, no precisamente en la predicación de verdades sublimes a las cuales el pensamiento humano opone sus puntos de vista, sino en la intimación de una moral austera, derivada de aquéllas. ¡Honra altísima la de nuestra religión, tener frente a sí desde que apareció en el mundo por enemigos a los enemigos de la pureza y dignidad del hombre!

Por esta moral, que va aneja a las verdades de la fe, hay un antagonismo espontáneo entre ésta y la pasión del placer. Creer firmemente en Dios y en su enseñanza y entregarse al reposado disfrute de las delicias impuras, cosas son que se avienen mal entre sí, y por ley fatal tiene que trabarse entre ambas una pugna sorda y secreta hasta que una de las dos prevalezca sobre su contraria. La fe es para el voluptuoso aquella mano que se movía como vaga y siniestra sombra sobre el muro en el festín babilónico, envenenando la alegría de los comensales. ¿Puede haber paz y

holgura en gozar, sabiéndose bajo una mirada infinita y a las puertas de una justicia incorruptible? De ahí las ansias a que se ve condenado el esclavo de los vicios por ver si logra apagar esa luz turbadora e importuna, y para ello se arma de ideas, o que parecen tales; se hace para uso propio una filosofía del mundo, un sistema teórico que le permita dar cierta decoración intelectual a su descreimiento.

No tiende a otro fin, muchas veces, afiliarse a un partido político de aviesa ideología, leer el periódico impío, frecuentar tertulias anticlericales, todo lo cual equivale a fabricarse un ambiente que suministra razones de creer y brinda de este modo una aparente paz de conciencia y buena fe, gracias a la cual se conjuran de momento los espectros fatídicos de la verdad religiosa, y la bestia puede retozar en el prado ameno de los deleites. Se aspira a justificar socialmente un modo de ser diciéndose de ideas avanzadas, cuando fuera más justo decirse de costumbres corrompidas.

Cuando Renán, el impío autor de la «Vida de Jesús», dejó el Seminario de San Sulpicio, donde tocaba ya al término de la carrera eclesiástica, y dió a la vez el escándalo de la más franca apostasía, hubo de vindicar su conducta frente a interpretaciones que achacaban ese paso a intenciones libertinas. Aquella resonante ruptura con el Cristianismo obedecía, según decía él, a exigencias de un espíritu crítico.

A pesar de este criterio, tan indulgente en el caso para el librepensamiento, escribía estas palabras un año después, en 1846, a un amigo: «He hecho investigaciones bastante curiosas, que, completadas, podrían formar una historia interesante con este título: «Historia de la incredulidad en el Cristianismo». Las conclusiones parecerían triunfales a los ortodoxos (hoy acaso sustituyera Renán esta palabra por la de accionarios o cavernícolas) y sobre todo la primera, a saber; que el Cristianismo no ha sido atacado hasta hoy día sino en nombre de la inmoralidad y de las doctrinas abyectas del materialismo, en una palabra, por canallas y libertinos. He ahí el hecho, y lo demostraré.» Anuncia a continuación que ha de ser muy distinto en adelante.

Entretanto, ¡qué valiosa confesión la de Renán, dar como lección enseñada por la historia que el Cristianismo no ha sido casi atacado sino en nombre de la inmoralidad y de las doctrinas abyectas del materialismo! Es decir, con otras palabras, que la lujuria es y ha sido siempre la madre de la incredulidad.

EL MAGISTRAL DE BURGOS (De «Elías»).

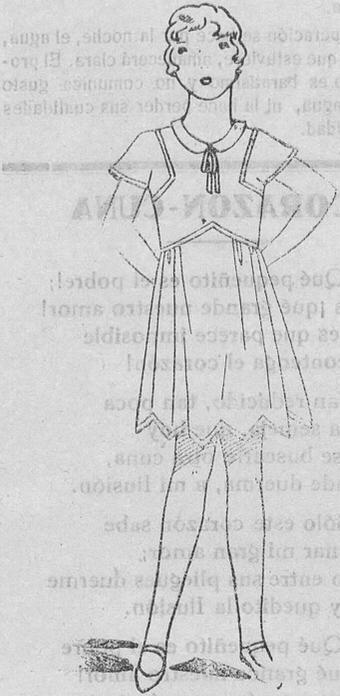
IBÉRICA

El progreso de las ciencias y de sus aplicaciones.
Revista semanal ilustrada de vulgarización científica.
16 páginas semanales, abundantemente ilustradas.

Todo el mundo lee IBÉRICA, porque es una Revista amena e instructiva; múltiple, variada y seria en sus informaciones; patriótica en su constante labor y la mejor enciclopedia de vulgarización científica.

Precio: 0'40 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza de Pabjo Iglesias, 17.



Vestido de voile azul, bordeado con blanco y cuello de organdi

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Septiembre 1932.

Terminándose ya la temporada de verano ya no es oportuno hablar de ella. En cambio conviene empezar a orientarse acerca de lo que se llevará en invierno y por consiguiente esperamos que a nuestras lectoras les será útil leer algunas ideas referentes a las nuevas orientaciones, a fin de que con tiempo, puedan empezar a hacer su composición de lugar.

Con este ánimo hemos pasado revista a las colecciones de los grandes modistos, ya preparadas, y podemos señalar una serie de novedades.

Vamos, pues, a detallarlas.

En primer lugar nos referiremos a los hombros. Ya no serán rectos y cuadrados como en las estaciones anteriores. Por el contrario, han descendido, con lo cual quedan mucho más desprendidos del cuello. Este movimiento de descenso queda señalado por medio de capitas, por un *mancheron* que prolonga la chorrera y cuya parte inferior sigue el movimiento del *emplecement*.

El pecho será alto, aunque no como en el Imperio, porque la cintura se marcará en su sitio debido. El traje que estrechará las caderas seguirá ajustado hasta la cintura, en donde a veces un drapeado señalará el lugar que le corresponde.

La línea en diagonal permitirá el envolvimiento de la parte superior del busto. Esta línea se observa en casi todos los trajes y especialmente en los de noche.

Las mangas son muy estrechas en el puño, hasta el codo, y se ensanchan en este último.

El abrigo será ante todo envolvente y cómodo. Para la mañana se llevarán abrigos rectos con cintura incrustada; la parte inferior apenas ensanchada; la línea muy sobria y un *emplecement* prolongado en los brazos. Pequeños movimientos de capa guarneciéndole la parte superior de las mangas.

Para tarde los abrigos tienen la línea princesa cruzada sobre el lado y cerrada sobre el muslo por medio de un *cran* o de una pata. Los cuellos son muy anchos por detrás, formando una capita bordeada de piel y a veces dispuesta al bies. Se observan movimientos de echarpes cruzadas en la parte delantera, en forma de fichu.

El traje de lainage para la mañana es recto. Lleva la cintura en el talle. Se llevarán igualmente los trajes con filas de botones rectos, abiertos sobre el chaleco claro de lienzo y tam-

bién se harán trajecitos abrochados al sesgo. Los plastrones serán muy recortados y las partes abrochadas a un lado del pecho se utilizan de muchos modos. Numerosos trajes de movimiento de coselete irán montadas sobre cuerpos claros, aunque con cierta irregularidad y continuando en la parte superior de las mangas. También se harán trajes princesa, muy altos, de lainage obscuro; los tirantes continúan al traje en la parte superior, de tricot o de jersey de lana.

Los trajes de tarde son de lainage fino, muy trabajado o de crespón. La línea principal modela las caderas hasta bastante altura. Sobre todo se harán cuerpos drapés cruzados, prolongados en echarpe y que rodean el talle. La manga se trabaja de mil maneras, sobre todo en frunces, en godets, en volantitos en la parte superior del brazo y uniéndose a la chorrera. También se hacen *mancherons* cortos y mangas móviles.

Estas son las notas principales de la moda para la estación que se avecina. Veremos si cuando llegue se han introducido muchas modificaciones, cosa muy posible, dada la actual versatilidad de la moda.

A. D'ENERY

RIMA

Recorrí los senderos de la vida,
buscando una mujer
que supiera sentir como yo siento,
igual que yo soñé.

A mi paso encontré muchas mujeres
jurándome pasión,
¡una pasión fingida, interesada,
pero sincera, no!

Sentí en mis labios repetidos besos
de un ardiente placer,
pero jamás los besos que del alma
mitigaron la sed.

Tarde te miro y tarde te comprendo.
¡Mujer que soñé yo!
¡tú serás desgraciada en esta vida!
¡te sobra corazón!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR



Vestido de satén blanco, adornado con flores y guantes negros

CONOCIMIENTOS ÚTILES

PARA ACLARAR EL AGUA TURBIA

No hay procedimiento más práctico y sencillo que el del alumbre.

Machacado éste, se echa en una botella, hasta que llegue a una cuarta parte de lo que ésta pueda contener; se añade agua para llenarla y se agita de vez cuando, hasta que el agua no pueda disolver más el alumbre.

Para aclarar el agua de una tinaja de regular tamaño basta lo que cabe de esta disolución en medio vaso de vino.

Al echarla debe removerse un poco el agua de la tinaja.

Si la operación se hace por la noche, el agua, por turbia que estuviere, amanecerá clara. El procedimiento es baratísimo y no comunica gusto alguno al agua, ni la hace perder sus cualidades de potabilidad.

CORAZÓN-CUNA

¡Qué pequeñito es el pobre!
más ¡qué grande nuestro amor!
¡Si es que parece imposible
lo contenga el corazón!

Tan reducido, tan poca
cosa semeja, que hoy
quise buscarle otra cuna,
donde duerma, a mi ilusión.

Sólo este corazón sabe
acunar mi gran amor;
sólo entre sus pliegues duerme
muy quedito la ilusión.

¡Qué pequeñito es el pobre
y qué grande nuestro amor!
Pero... ¡qué cuna más grata
la de nuestro Corazón!

ANDRÉS CASASNOVAS

QUITAMANCHAS

DE RESINA, PEZ O BUJÍAS

Estas manchas desaparecen con alcohol rectificado, que no destruye los colores ni deja huella.

Se empapa la parte manchada con dicho líquido, y luego se frota.

Pueden emplearse también las esencias de trementina, de espliego, de limón, o bien agua de Colonia o aguardiente fuerte.

DE CAFÉ CON LECHE

En los tejidos de lana y seda se quitan fácilmente frotando la parte manchada con glicerina, y después lavándola con agua tibia.

Seguidamente se plancha por el revés con una plancha caliente, hasta secarse por completo.

DE CAFÉ, VINO O FRUTA

Humedézcanse con agua oxigenada y aclárense luego con agua caliente.

PENSAMIENTOS

«Si ha de ser discreta una mujer, no ha menester saber más que amar a su marido, guardarle su honor y criarle sus hijos, sin meterse en más badrillerías.—*Marta de Zayas.*»

«Las mujeres en las casas sol el todo del gobierno»

Ramón de la Cruz.

«En rigor, ¿qué es una bella, sino un álbum a cuyos pies todo el que pasa deposita un tributo de admiración? ¿Qué es su corazón muchas veces, sino un álbum?».—*Larra.*

«No hay nada más agradable que la amistad franca y cordial con una mujer de talento, cuando ya ha renunciado a poner el yugo de los encantos que han sido el patrimonio de su juventud».—*Selgas.*

«Los hombres bien nacidos tienen en materia de mujeres el instinto de la proporción y la ciencia de la proporción».—*Alarcón.*

«Las mujeres opinión con la honra han de tener para probar su intención; porque honradas han de ser y parecer que lo son.»

Guillén de Castro.

«La gente sin capitán, es la casa sin mujer, y sin ellas el placer es como mesa sin pan».

REFRANES

«De mujer necia y parlera, poco bien se espera».
«El navío y la mujer, malos son de componer».
«En casa de la mujer rica, ella manda y ella grita».—REFRANERO.



Abrijo para viaje, de lanita de fantasía amarillito y castaño, adornado con pezpuntas castaño

DE COCINA

FLAN DE JAMÓN

Se pican muy menudos 200 gramos de jamón de York magro y cocido y se ralla un trozo de queso de Gruyère del mismo tamaño que el de jamón, mezclando queso y jamón y añadiendo a la mezcla una cantidad de salsa Bechamel que sea el doble del volumen que forman queso y jamón reunidos; a esta mezcla se le añaden dos yemas de huevo crudas y se sazona con un poco de pimienta molida, algo de nuez moscada y, si es preciso, un poco de sal.

Luego se baten las dos claras y, muy batidas, se mezclan al conjunto. La masa resultante se pone en un molde liso, preferible que sea de forma de rosca, esto es, que tenga hueco el centro, este molde muy bien untado de manteca y procurando que le falte por lo menos un centímetro para llenarse.

Cocer este flan en baño maría, bien sea sobre el fuego, poniendo brasas en la tapadera, o mucho mejor en el horno; debe durar la cocción de treinta a cuarenta y cinco minutos, y es conveniente dejarlo reposar cinco minutos más, una vez cocido.

Pasado este tiempo se vuelca el molde rápidamente, como si se tratara de un flan, sobre una fuente, se pone en el centro unas cucharadas de salsa Bechamel y se sirve. La salsa Bechamel para la pasta del flan y para servirlo se hace fundiendo en una cacerolita un trozo de manteca de vaca y una o dos cucharadas de harina; cuando las dos cosas forman un rehogo, que ha de procurarse no se dore, se deja enfriar y se le añade poco a poco leche hirviendo, al mismo tiempo que se desle con un batidor, procurando dejarla bastante espesa para mezclarla con el jamón y el queso, según se ha indicado al principio, y luego aclarar un poco más la restante destinada a servir de salsa. Esta salsa debe terminarse, sazonarse y, pasada a través de un colador, reservarla al calor en una cacerolita pequeña hasta el momento de emplearla, bien tapada para que no forme corteza.

Antes de desmoldar el flan es preciso cerciorarse de que está cocido, pinchándolo con un cuchillito pequeño que deberá salir limpio para que el flan esté en su punto; si la hoja del cuchillito sale sucia de crema, debe dejarse algún tiempo más en el horno.

Para facilitar el cuajado del flan puede aumentarse a tres o cuatro el número de yemas de huevo, o bien mezclar en las dos que indicamos, y en crudo, dos cucharaditas de maicena; esta adición de maicena facilita la cocción, pero no favorece el flan. Finalmente, aunque se aumente el número de yemas, no debe aumentarse el de claras batidas, que serán solamente dos para la cantidad que explicamos.

HUEVOS CHINOS

Se cuecen los huevos hasta que se pongan bien duros y se les saca la corionita, se les quita la yema teniendo cuidado de no romperlos, hecho esto se cortan trocitos de jamón, y almendras machacadas y unido a las yemas se vuelven a rellenar los huevos, se coloca una aceituna encima y se le pone la parte de la clara a manera de sombrero, alrededor del huevo antes de la aceituna, se pone un pedacito de pimienta encarnado alargado para que parezca una pequeña bufanda y así preparados se sirven rodeados de ensalada, rábanos y pepinillos, es un bonito entremés.

Imp. de M. Sintés Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón



Vestido de género de lana rosa, adornado con recortes sobre una blusita de linón rosa bordada

EN EL TOCADOR

EL MAL OLOR DE LA BOCA

Se evita enjuagándose con una solución ligera de alumbre en agua.

Otro procedimiento consiste en lavarse la boca con un cocimiento de anís, algarroba, almáciga y raíz de lirio azul con vino.

También se puede emplear para el mismo objeto un enjuague compuesto con los siguientes productos:

Sacarina y bicarbonato de sosa, 1 gramo; ácido salicílico, 4 gramos; alcohol, 200.

Enjuagándose la boca dos o tres veces al día, desaparecerá el mal olor indefectiblemente.

CONTRA EL SUDOR

Da excelentes resultados contra la transpiración de los sobacos un lavado de agua fresca, a la que se añadirá una cucharada de benjuí.

Déjense secar por sí mismos, y después espolvoréense con iris y lipocodio, mezclados.

CONTRA LA CALVICIE

Da muy buenos resultados para evitar la caída del pelo y estimular su crecimiento aplicar a la cabeza un trozo de lienzo empapado en agua sedativa, especialmente en el sitio en que escasea el cabello.

Esta operación debe repetirse dos o tres veces al día.

Después de cada una de las veces que se efectúe debe secarse la cabeza y aplicarle un poco de alcohol.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(43)

Realmente, debo sentirme orgullosa de su amor... ¿No me habré equivocado?... ¿Realmente me ama?... Y yo... ¡le amo tal vez?... ¡Oh! Yo creo que mi corazón duerme reposadamente, que en él, el amor, no tiene aún nombre determinado...

A las diez iba a empezar el baile. Las muchachas, pertenecientes a clases aristocráticas o simplemente profesionales pero distinguidas, vestían con ese «cachet» de buen gusto propio de las gentes selectamente educadas. Algunas de ellas, como las señoritas de la Llosa y Alicia Blázquez, son verdaderamente elegantes y lucían preciosos modelos de Paquín.

Los hombres vestían bien el frac, pero entre ellos llamaban la atención

el príncipe Romanieff y mi padre, que tiene una bella figura y una exquisita distinción, a pesar de no tener blasones ni sangre azul.

Medrados estaríamos si la elegancia y la belleza fuesen sólo patrimonio de las razas aristocráticas!... ¿Qué nos quedaría entonces a la pobre clase media?

La concurrencia era numerosa, pero no excesiva. Yo, paseaba del brazo de Manuel Ardieta cuando, al sonar los primeros compases de un rigodón, el marqués de Armir vino a invitarme para bailar.

Ardieta ofreció su brazo a la de Blázquez y nos hizo el bis. Mi padre bailaba con la marquesa de Armir y Pilar con el Príncipe, dirigiendo el rigodón. Cerca de nosotros, Fernando, esperaba su turno del brazo de la condesa de la Llosa, una simpatísima señora.

Bailamos gravemente las figuras del baile señorial, lleno de afrosa prestancia. El Marqués, aunque no joven era muy galante y me abrumaba con sus cumplidos, pero yo estaba distraída mirando al conde de Fenollar que, con una desenvoltura perfecta, bailaba y

hablaba a la vez con su pareja, denotando, con sus actitudes del todo naturales, que poseía el trato exquisito de señoras, tan difícil de adquirir.

Alicia Blázquez, intentaba coquetear con Ardieta... ¿Y por qué no?... Es un guapo muchacho, un buen mozo y debe gustar mucho a las chicas jóvenes. Posee además un gran talento, pero la de Blázquez tiene la cabeza harto ligera para apreciarlo.

Después del rigodón, y juntas en grupo todas las amigas, «flirteamos» de lo lindo con los caballeros. Entretanto, Fernando, cumpliendo con sus deberes de amo de casa o por lo menos de hijo mayor, iba de unos a otros profiriendo sonrisas, frases, atenciones, cumplidos y galanterías, con ese tacto exquisito de las personas finas por temperamento.

Y yo continuaba mirándole admirada porque aquel joven, animado y brillante, no me parecía de ningún modo el Fernando Cortezo que conocía yo... ¿y por qué no decirlo?, el que yo quería con un afecto fraternal mezclado de una compasión que, sin yo quererlo, sin poder evitarlo, era a la vez tierna y desdeñosa.

Aquel muchacho sonriente que iba y venía derramando frases galantes e ingeniosas, que reía, que gozaba, que tenía siempre a punto un requiebro o un epigrama, me intimidaba un poco. Era como un sér desconocido que acababa de presentar ante mí vista y ante el cual me encontraba, naturalmente, algo cohibida.

La noche pasaba feliz... Yo había bailado un vals con Paco Armir, otro con Romanieff, dos con Ardieta, unos lanceros con Adolfo, el primogénito de los Blázquez... La noche transcurría y el conde de Fenollar no había bailado más que el primer rigodón al cual le obligaba el más elemental deber de cortesía.

¿Qué se habían hecho aquellos ánimos tan ardentemente expresados en el corredor?... ¿Acaso el médico, temeroso de que la agitación le perjudicase, le había aconsejado abstenerse de bailar?...

De todos modos en mi carnet, lleno de nombres, quedaba en blanco un vals de Worsley. Si me lo pedía sería para él. En caso contrario me sentiría gravemente junto a Pilar y como una señora respetable, vería bailar a los

demás, pero nunca aquel vals, que ya desde el comienzo de la noche le había reservado, sería para otro... Las flores de Ardieta no podían ser para nadie más que para Ardieta y el vals de Worsley, un vals que yo adoraba, no sería para nadie más que para el conde de Fenollar.

Comenzaba el preludio, y él no venía... Yo sentía invadirme una tristeza rara, que tenía un sabor amargo y punzante que no conocía. ¡Me olvidaba!... ni tan sólo se arrojaba a mí, para decirme una de sus frases que a los demás sabía prodigar. Yo hubiese querido dominarme pero, a pesar mío, sentía que un despecho amargo me invadía produciéndome invencibles molestias...

Las parejas comenzaban a formarse... El hijo de los Condes de la Llosa venía con ánimos evidentes de pedirme el vals y mis ojos angustiados buscaban, sin hallarla, la elegante figura, la próspera silueta del señor de Fenollar.

De pronto una mano enguantada se posó, con ademán familiar, en mi hombro y una voz conocida me dijo sencillamente.